

EL OCCIDENTE.

DIARIO POLITICO.

EN MADRID.

EN PROVINCIAS.

AÑO II. - NUM. 345.

Viernes 10 de octubre de 1856.

EDICION DE LA MAÑANA.

MADRID 10 DE OCTUBRE.

Cumpliendo con el para nosotros gr. lo deber de escritores monárquicos, unidos la opresión de nuestra adhesión respetuosa a la que desde todos los ángulos del reino eleva hoy al trono la inmensa mayoría de los españoles, como motivo del aniversario del natalicio de S. M. la Reina doña Isabel II.

La monarquía, que entre todas las instituciones políticas es la más perfecta, porque es la más flexible, y la única que ostenta un carácter de perpetuidad, porque es la que mejor se adapta a las diferentes necesidades de cada siglo, preside hoy los destinos de la nación española, como los presidió desde los primeros albores de la historia moderna, como probablemente los presidirá durante el transcurso de los siglos futuros, mientras la España sea España. La monarquía ha sobrevivido a todas las vicisitudes por que el desarrollo de la civilización ha hecho pasar a los pueblos; y después de tantas mudanzas y catástrofes, después de las invasiones y la reconquista, después de las asonadas y las guerras realizadas por nuestros mayores en todas las partes del mundo, después del declinamiento de nuestro antiguo colosal poderio, después de tantas glorias y de tantas humillaciones, solamente han quedado en pie, entre las ruinas de la historia, como monumento imperecedero y símbolo constante de la nacionalidad española, el leño del Crucificado y el cetro de oro de nuestros reyes. El catolicismo y la monarquía gobiernan nuestra raza y la dirigen por las vías de la civilización del siglo XIX, del mismo modo que la guiaron por los senderos de otros estados sociales desde que el poder romano fué reemplazado en la escena del mundo por los pueblos modernos. Militar con Ataulfo, y en los campos cataláunicos, bien avenida con la teocracia en tiempo de Recaredo y Sisenando, feudal en la edad media, prepotente y absoluta desde el siglo XVI al XVIII, la monarquía es hoy la forma más adelantada, la única forma posible y aceptable de las instituciones democráticas de nuestro tiempo.

La monarquía es el único contemporáneo que no ha perecido, de todas las glorias y grandezas nacionales. La historia de las glorias de España es absolutamente inseparable de la historia de su monarquía; ó por mejor decir, ambas no son sino una sola e idéntica historia. Suprimid a Peláyo y sus sucesores hasta Isabel la Católica, y no queda nada de aquella maravillosa epopeya, única en los recuerdos del mundo, que duró ocho siglos, y para cantar la cual ningún poeta se ha sentido todavía, y es probable que nunca se sienta jamás con suficientes bríos. Suprimid a los reyes católicos, a Carlos I, a Felipe II y a sus descendientes, y habreis suprimido el descubrimiento de la América, y la conquista de Méjico, y la del Perú, y la de Nápoles, y la de Milán, y la de Portugal, y las de los Países-Bajos; habreis borrado las páginas de Otumba, de Cerinola, de Pavía, de San Quintín, de Molberg; habreis condeñado al olvido nuestros grandes hombres y nuestros grandes hechos históricos; habreis roto el lazo que unió y une las diferentes porciones de nuestra nacionalidad; habreis prescindido del suceso que formó un solo conjunto con tanto pueblo y tanta provincia distintas, les dió cohesión, los engrandeció, los coronó de gloria, y obligó al sol a que no dejara un momento del día ni de la noche de alumbrar su bandera victoriosa.

Hasta tal punto se halla la institución monárquica identificada con la sociedad española, que cuando ha llegado la época de que en nuestro

suelo luchasen el espíritu de los tiempos pasados con el de los idos nuevos, ambos tuvieron que tomar parte en el combate un ítem en náutica. En la guerra, la marina antigua sucumbió ante el Parlamento en Francia, ante la Constitución y la Convención. En España, la contienda entre el absolutismo real y el liberalismo tuvo por respectivos campeones a un pretendiente del Trono y a una Reina. Por fortuna del país, la legitimidad dinástica estuvo aliada con las exigencias de la nueva civilización; y el Trono de Isabel II, saliendo inclinado de la doble prueba de una guerra civil y de una revolución política, conservó íntegro para España el símbolo veniendo de sus grandezas pasadas al mismo tiempo que conquistó el de sus destinos futuros. Recuerdo de gloria a la par que prenda de esperanza fué el nombre de la segunda Isabel desde el primer instante de su reinado. Hoy tiene ya una nueva significación: es el nombre bendecido de la mas bondadosa de todas las princesas, verdadera madre de sus pueblos, ángel consolador de todos los infortunios públicos y privados del país a quien cupo la fortuna de tenerla a su frente.

El Nacional de Cádiz ha publicado una carta escrita, según dice, por su corresponsal de Madrid, y que el periódico *La Discusión* ha reproducido. En ella, a vueltas de mil inexactitudes y falsas apreciaciones, se vierten groseras calumnias contra la digna persona del señor duque de Rivas, cuya casa, como en todo tiempo de la mas escogida e ilustrada sociedad de la corte, se quiere presentar por el corresponsal del diario gaditano como un foco de conspiración contra el gobierno constituido.

Si queremos manchar nuestras columnas con la reproducción de las estúpidas falsedades de la carta de *El Nacional*, ni honor ni monstruoso engendro con refutaciones que le darían una importancia innecesaria por todos conceptos. Solo hemos querido decir al verdadero corresponsal del periódico de Cádiz, que falta lastimosamente a la verdad en cuanto se refiere a la persona del señor duque de Rivas, cuya pluma nunca ha dado amparar a cualquier ambiguo aludido. Que los salones del señor duque a los cuales tenemos la honra de concurrir, se ven frecuentados por personas de todos los partidos políticos y que han figurado en todas las situaciones. Que esta circunstancia, desconocida sin duda por el anónimo corresponsal, que debe ser extraño a esta clase de reuniones, desmiente por sí sola la absurda suposición de que allí se conspira, como pudiera hacerse en cualquier club demagógico. Y que la tertulia del duque de Rivas jamás ha perdido el carácter científico y literario con que siempre se ha distinguido, y que la ha hecho tan codiciada por todos los hombres de letras.

Y ahora podríamos preguntar a *El Nacional* y a *La Discusión* que no ha tenido reparo en trasladar a sus columnas la carta mencionada: En el supuesto de que la reunión de casa del señor duque de Rivas fuese esencialmente política, ¿con qué derecho se pretende zaherir el que tienen todos los individuos, bajo un régimen constitucional, para discutir en los círculos privados, del modo que quieran y en la forma que les acomode, las cuestiones políticas de cualquiera clase que sean? Y en la hipótesis de que las personas admitidas a la sociedad del señor duque se congregan para tratar de los asuntos políticos, ¿habremos de calificarlos con el odioso título de conspiradores? No es en los brillantes salones, ni en los círculos científicos, ni en las reuniones literarias donde se conspira: se conspira en oscuros departamentos, en misteriosos lugares ocultos a las pesquisas de la policía y alejados de la acción del gobierno. Es a fe muy extraño que el corresponsal del diario de Cádiz y el director de *La Discusión* no sepan dónde se puede conspirar.

Rep. timos que no hemos podido ver sin extrañeza que un periódico como *La Discusión*, y solo se convierta en eco de habladuras de tal naturaleza, sino que contribuya a poner completamente de manifiesto lo que el corresponsal anónimo

no se atrevió a decir con todas sus letras, sin duda por un resto de pudor.

Para solemnizar los cumpleaños de S. M. la Reina, hoy a las once habrá gran parada, revisando las tropas el señor ministro de la Guerra. También tenemos entendido que cada diez días se verificarán grandes maniobras militares como las últimas que tuvieron lugar en los campos de Carabanchel.

Un diario de París, refiriéndose a noticias de España, al parecer tomadas de buenas fuentes, dice que el nuevo ministro de Hacienda ha examinado profundamente la cuestión de desamortización y que del estudio que de ella ha hecho, ha adquirido el convencimiento de la necesidad de introducir grandes reformas en la contabilidad de esta importantísima ley, para evitar los daños que han resultado al Tesoro y al país de algunas disposiciones mal meditadas.

Según el periódico francés, el proyecto de reforma que se presentará a las Cortes tenderá a quitar a la ley su carácter revolucionario, a conservar todas sus rentas a los establecimientos de instrucción pública y beneficencia, y a imponer a los compradores de bienes nacionales condiciones mas ventajosas para el Estado. Se están reuniendo datos sumamente importantes sobre los resultados de la desamortización, obtenidos hasta el día.

Nuestro colega *La España* cree, y nosotros participamos de su opinión, que una de las mas importantes cuestiones políticas que aun están por resolver es la que se refiere a la forma en que han de verificarse las próximas elecciones.

La España se decide por la elección por distritos, como menos espuesta a manejos torpes, y a transformaciones a mano ajena, al sistema de la autoridad, que fácilmente se sustrae a la vigilancia de los interesados. He aquí algunos párrafos del artículo de nuestro colega, con cuyo espíritu estamos muy conformes:

«Es indudable que en la elección por provincias no hay nunca seguridad de que la persona que se presenta en el Congreso con esta lista sea la verdaderamente elegida: los escándalos, las falsificaciones que a mas de una ocasión han tenido lugar, nos hacen bajar en este sentido, y combatir, aunque sea mil veces, no lo viéramos, este sistema de elección tan engañoso, y susceptible de falsedad. Son posibles, son probables los gobiernos de integridad y de rectitud, pero si hay uno que carece de estas cualidades, la elección, siendo por provincias, es una cosa inútil, porque puede muy bien no recabar diputado en el escrutinio general el que ha merecido los votos de la comarca, sino el que merezca las simpatías de un ministro ó de todos ellos. Hasta con un gobierno recto y justificado cabe la suplantación y la elección por provincias, porque la verdadera elección, la distribución de votos, donde se hace, ó por lo menos donde se le hace, es en el despacho del gobernador. Valiera mas que los diputados se nombraran de real orden, porque así los ministros tendrían siquiera la responsabilidad de los nombramientos desautorizados, mientras que de otro modo no hay otro culpable a los ojos del público y a los ojos de la ley que el colegio electoral, por mas que en realidad esté incooperado.

En un distrito hay mucha mas conciencia de lo que se vota. Por lo mismo que no son tantos los electores como en las provincias, mas fácilmente pueden ponerse de acuerdo respecto del candidato, y tenemos entendido que cuando un colegio electoral se pone de acuerdo no hay influencia capaz de pararlo.

En un distrito la acción de las influencias ilegítimas anda vergonzosa y tímida por temor a la publicidad; porque encerrada dentro de un pequeño territorio, y obrando entre pocos electores, no tiene sitio donde esconderse, y una quijada que levante es un escándalo que la inutiliza.

En un distrito por consiguiente hay que ir conquistando voto por voto, ó dejar la elección al criterio de cada cual. Verdad es que hay distritos doctores; pero las provincias pueden ser engañadas, y esto es infinitamente peor.

¿Qué es de la influencia del gobierno en un distrito? Conviendríamos en que pudiese conseguir algo; pero se ve, se toca, se puede justificar fácilmente, y esto mata al gobierno ó anula las elecciones.

¿Qué es de esa misma influencia en una provincia? La recorre toda libremente sin que las violencias cometidas en tal punto resuenden en los otros, y se relaja después a la capital donde puede la acción de las suyas, sin escrutinio, sin violencia, impunemente, y a cubierto de toda responsabilidad y de toda censura.

Si hay elecciones que se acerquen algo a la verdad,

ens son las de distrito: si las hay susceptibles de amplitud y suplantación, y si las de provincias. Podrá ser que haya ahora gobernador capaz de transformar el resultado de una elección encerrada en su gabinete; pero el gobierno por su mismo nombre debe ponerse a cubierto de toda sospecha. No se nos enreda a nosotros interesados hoy en que las influencias del gobierno predominen; y sin embargo, pedimos con interés el sistema de elección por distritos, y lamentamos que el actual gobierno por error ó negligencia repitiera el sistema de los progresistas, los cuales, huyendo siempre de las influencias del poder, acertaron a ponerle las llaves de las elecciones en sus manos.

La cuestión en el día está reducida a bien sencillos términos. ¿Existe en nuestros gobernantes el ánimo resuelto de traer unas Cortes, verdadera emancipación, ó emancipación por lo menos aproximada del espíritu público; ó bien, por el contrario, hacer unas elecciones en provecho propio? Si lo segundo, el sistema de elección por provincias es el mas adecuado. Los progresistas, estando en el poder lo prefirieron, porque con las diputaciones provinciales soberanas, y la intervención de la Milicia soberana, las elecciones se hacían en la capital a gusto de los dñados reyes: ahora que las diputaciones han perdido gran parte de su influencia, y la Milicia no existe, el poder de hacer diputados se ha transmitido de lleno a los gobernadores.

Si lo primero, si el país ha de ser educado, si no se quieren esclusiones injustas, si no se desea una cruzada entre electores opuestos, si por último, ha de haber en las elecciones próximas, apariencias de verdad, y se ha de evitar toda sospecha que las desacredite, el sistema de elección por distritos es el único aceptable.

Interes inmediato no tenemos en esta cuestión; la hemos somos de los que se llaman a sí mismos restauradores del principio parlamentario; pero ha llegado la hora de saber si todas esas entusiasmas y ardientes protestas de adhesión y fidelidad al sistema representativo son profundas y sinceras, ó no son mas que palabras que se lleva el viento y pura decepción.

El *Journal des Débats* ha publicado en uno de sus últimos números noticias circunstanciadas, cuya exactitud no entraremos a dilucidar, acerca de lo ocurrido en el seno del gabinete con motivo del secuestro de los bienes de S. M. la Reina madre. Entre otros hallamos el siguiente párrafo:

«Un incidente singular ha complicado momentáneamente el asunto del secuestro: habiendo tenido noticia el encargado de negocios británico de la intención del ministro de Hacienda, creyó conveniente pedir explicaciones al Sr. Pastor Díaz. Se asegura que el diplomático inglés quería saber si el alzamiento del secuestro no sería un medio de preparar el regreso a Madrid de la Reina Cristina, añadiendo que este hecho se ha considerado en toda Europa como la vuelta a una política ya experimentada, que había producido en España funestos resultados, dando a las naciones justas unos vivos de queja. Dicese que el Sr. Pastor Díaz rechazó con viveza el derecho de intervención que el representante británico se atribuía; de manera que el paso dado por el sustituto de lord Howden, ha producido efectos contrarios a los que se esperaba.

La España copia las anteriores líneas, y dice por vía de comentario:

«En tan propensa la diplomacia británica a ingerirse en lo que no la compete, que no nos cuesta gran trabajo prestar fe a la versión del *Journal des Débats* acerca del paso dado por M. Otway. Si la respuesta del señor Pastor Díaz fué tal como se supone, recibida por el ministro de Hacienda, nuestra mas empílica enhorabuena, no precisamente por la naturaleza del asunto que se ventilaba, sino por haber sabido hacer respetar el derecho, la independencia nacional y el buen nombre de España.

Y a reserva de hablar de tenidamiento de este asunto y de otros análogos, tenemos que señalar hoy a los periódicos ministeriales el escollo en que se exponen a tropezar cuando para ensalzar la política de sus patronos se echan en uso de los patillos de la balanza los páramos, enhorabuena, cartas autógrafas y otras cosas por el estilo que diz se reciben del extranjero. Cuando se aceptan con tan vivo reconocimiento las alabanzas que razon hay para cerrar los oídos a las censuras y a las manifestaciones. Decimos esto a propósito de lo que la *Epoca* manifiesta ayer con respecto al Toison en ciernes para el señor marqués Tugnot en recompensa de servicios que ningún español, excepto los ministros de Hacienda y del consabido artículo inserto en el *Moniteur*, que la *Epoca* asegura haber sido escrito en Plombières por un anagorista, pudiendo nosotros afirmar a nuestra vez, con la misma autoridad, que fué obra de un *commis* del ministerio de negocios extranjeros. Como el asunto es delicado, y queremos pesar de prudentes, no llevaremos mas adelante nuestras observaciones, y haremos aquí punto final.

Han llegado a Madrid, donde tienen señalado su cuartel, los generales Quesada y Mata y Alós. El 11 debe llegar también el general Córdova.

—Yo no hago misterio de ello, capitán Cleveland; y si algún día vais a Charlestown, tendré un singular placer en haceros los honores en mi casa.

—¿Vivis en Charlestown? interrumpió vivamente el corsario.

—Des la hace treinta años.

—Entonces deberíais conocer al Sr. Moqueith?

—Solo de vista, dijo el doctor, y os confieso que no deseo conocerle de otro modo. Tengo poca simpatía hacia esos aventureros, esos busca-vidas, que todo lo arriesgan para ser alguna cosa. Aun cuando el mayor Ralph haya hecho su secretario íntimo, su brazo derecho, su sombra, su condenada alma al Sr. Moqueith, tanto creo en la habilidad como en la honradez de ese hombre que se han empeñado en presentarnos como un héroe. En cambio de algunas ventajas que ha tenido el señor Moqueith sobre vosotros, ha sufrido muchas veces a las naciones a emplear miserables agentes para conocer la situación del enemigo. No respondería yo de que el Sr. Moqueith no estuviese pagado por la Inglaterra.

—Pues bien, repuso Cleveland con voz tonante, iremos a ver si a espensas de Inglaterra atormentamos también a los desgraciados prisioneros que guarda en las baterías flotantes de Charlestown. Podéis anunciar nuestra visita al Sr. Moqueith, doctor, porque esta misma noche saldremos a la *Maya* de Luisburgo para no volver sino con los prisioneros de Charlestown, ó al menos con un número igual de rehenes que cargear por ellos.

Hurras frenéticos acogieron aquella declaración.

—Vamos, a bordo, muchachos! exclamó Cleveland despidiendo a su gente; ya he arreglado nuestra cuenta con el viejo Cleb.

El teniente general D. Francisco Lersundi, se encuentra ya en esta corte.

Varios periódicos anuncian que ha salido para Lisboa S. A. R. el Sermón, señor infante D. Enrique.

Las importantes obras del canal de Isabel II siguen con actividad, si bien la clase misma del trabajo hace que estos adelantos sean a costa de la salud y aun a veces de la vida de los infelices trabajadores. Teniendo la empresa del canal en cuenta esta circunstancia, trata de impetrar del gobierno de S. M. la rebaja de las condenas para aquellos infelices padados que mas se han distinguido por su buen comportamiento en esta obra.

Con fecha 4 del corriente participa el cónsul general de S. M. Fidelísima en esta corte, que el consejo de salud pública de Portugal, en 25 de setiembre último, ha declarado limpio el puerto de Lisboa.

El democrata Sr. Robert, preso por los progresistas cuando fueron gobierno, ha sido puesto en libertad.

Haciéndose cargo de lo que algunos diarios avanzados han dicho respecto de la significación ó importancia política del señor duque de Valencia, escribe *El Parlamento*:

«La *Discusión*, *La Iberia* y *Los Novedades* procuran amenguar la importancia del general Narvaez, dando a entender que su venida a Madrid no puede tener la significación que le han dado sus amigos, de acuerdo en esto con sus adversarios. Se conoce que les preocupa vivamente la idea de que por la voluntad de S. M. pueda llegar al poder. Nosotros creemos que la significación política hemos dicho cuanto cumplía en oportuna sazón, correspondiendo con su lealtad e inteligencia acostumbradas a lo que exigen de su patriotismo su reino y su país. Por lo demás, las conjeturas que formulen nuestros colegas, el interés con que siguen sus mas leves pasos, y el que ponen en no dar valor alguno a trascendencia a su venida a la corte, dicen muy claro que esta circunstancia está muy lejos de ser insignificante.

Acercas del mismo personaje leemos en *La España*:

La *Hoja autógrafa* se entretiene en hacer viajar al señor duque de Valencia en camino de Aranjuez, lo cual es infundado, pues no se ha movido de Madrid. Otros periódicos le suponen en vísperas de marchar a Loja, en lo cual es probable que también andan equivocados. Y luego dirán los diarios ministeriales y progresistas que los moderados no cesan de traer a vuestras oídos el nombre del general Narvaez!

Después de copiar el suelto de las *Hojas autógrafas* que conocen nuestros lectores, relativo al no levantamiento del estado de sitio, dice *La Regeneración* de ayer tarde:

«¿Qué nos place el pensamiento del gobierno! Al fin y al cabo, así se demuestra cada vez mas la eficacia para gobernar con el aparato ordinario del sistema. La *Gaceta* dice que el orden reina en todas las provincias, pero no importa: se necesita el estado de sitio para sostenerlo y salvar la verdadera libertad. Va nos viniendo.»

Leemos en el mismo periódico:

«El nombramiento del Sr. Mon para la misión a Roma es cosa acordada y resuelta. Su publicación en la *Gaceta* no se realizará hasta que se oblige a la contestación que se ha dirigido a la corte política, en averiguación de si será recibido el enviado que España presente a Su Santidad con el objeto de reanudar las relaciones entre el gobierno y la cabeza visible de la Iglesia.

Uno de estos días parece que el Sr. Mon ha tenido una larga conferencia con un personaje eclesiástico residente en Madrid. S. E. se ha preocupado con el resultado que obtendrá en el desempeño del cargo que se le ha confiado.»

La *Revista Militar* consagra a la cuestión de Nápoles el siguiente artículo:

«Las cuestiones de Nápoles tienen en el día el privilegio de absorber la atención general de Europa, dando

Los marineros de la *Miga* volvieron a tomar sus fusiles y sus cables, y desfilaron en buen orden, seguidos por los otros marineros.

—Dimos, Andrés, repuso el capitán deteniendo al maestro por el brazo, ¿qué figura es esa?

Y el corsario señaló a un hombre de rostro cobrizo y de cabellos grises, que había estado a parte durante aquella escena, jugando con su carabina, que montaba y desmontaba con increíble persistencia, completamente extraño a lo que a su alrededor pasaba.

—Ese, repuso Andrés, es un nuevo camarada que me ha dirigido un antiguo conocido que responde de él. Por lo demás es muy pacífico y mudo como una foca; pasa el tiempo en montar y desmontar la carabina.

—Pues otra vez es preciso que toméis mi permiso para enganchar personas desconocidas.

—Corriente, capitán... Vamos, Webst, en marcha.

—No, que se quede... puede necesitar a alguien para llevar una orden.

—¿Lo oyes? dijo Andrés al marinero.

—Lo oigo; dijo este, echándose la carabina por bandolera, y sentándose a oraciones en una silla, dejó caer la cabeza en sus manos.

El capitán, el doctor y miss Eva permanecieron solos en la sala de la taberna.

—Ahora, capitán, dijo Eva acercándose a Cleveland, dejadme que os dé gracias por todo lo que habeis hecho por nosotros; tal vez un día el pabellón de paz flote en nuestros buques; entonces volveréis a ser un simple armador. No olvidéis jamás, si la casualidad os lleva a Charlestown, que tenéis allí amigos.

(Se continuará.)

FOLLETON.

EL LORD DEL ALMIRANTAZGO.

POR ADRIEN ROBERT.

PRIMERA PARTE.

(Continuación.)

—Silencio en las filas, viejo maripá; (1) es a tu hija a quien yo me dirijo; ¡Vámonos, hermosa mía!

—¡Yo, la hija de un capitán americano beber por el triunfo de Inglaterra! ¡Jamás, jamás! exclamó la joven con desesperada resolución.

—Ola, ola! parece que tenemos mala cabeza, dijo maese Andrés, echando tranquilamente el rom en el vaso.

—Pero luchando el prisionero, había conseguido apoderarse de una bayoneta, y la comedia amenazaba en volverse en tragedia, cuando la joven se interpuso entre él y Andrés.

—Deteneos, tío, le dijo cogiéndole el brazo; os haré matar inútilmente.

Dirigiéndose después a Andrés, que reía al ver la calavera del viejo:

—¡Dadme, el viejo, arrancándole el vaso y levantán-

dole después de haber humedecido los labios. ¡A ti, adre mía! el valiente capitán que durante treinta años ha hecho flotar en el Atlántico el victorioso pabellón de la patria... por ti solo es por quien yo bebo.

Una mano suave y fina se puso en la mano de la joven y tomó dulcemente el vaso que aun conservaba.

—¡El capitán Cleveland! exclamaron Andrés y los marineros reculando a la otra parte de la sala.

La prisionera se aprovechó de esta circunstancia para arrojarle en los brazos de su tío.

El capitán Cleveland apenas tenía veinte años; era de mediana estatura, pero admirablemente bien proporcionado; su cabeza noble y activa tenía una expresión de franqueza y de resolución que prevenía en seguida en su favor.

Su traje se componía de una chaqueta, de un pantalón azul, de una camisa de lana, cuadrada, y de un sombrero de paja de arroz.

Pero la estremada sencillez de aquel traje realzaba el buen aspecto del joven capitán, y le daba un aire listo y atrevido, muy en armonía con su persona.

El capitán Cleveland se quitó lentamente su sombrero, y fijando en la joven una mirada dulce y risueña, dijo:

—Tenéis razón, miss, en brindar por el capitán Ferguson; es un soldado valiente y leal que morirá antes que insultar a una pobre joven sin defensa. Tiene un corazón tan noble como vos, miss Eva. Decidle que el corsario Cleveland ha bebido con alegría por su salud y su gloria.

Y después de haber vaciado el vaso el capitán, le tiró a los pies de los aterrados marineros, quienes le miraban sin atreverse a hablar palabra.

—El capitán está de mala data, murmuró Cristóbal, llevándose hacia la puerta a dos ó tres de sus compañeros.

ros; antes de un cuarto de hora va a haber averías en las gabias; ahora es tiempo de ponernos en franquía. Cleveland se dirigió derecho a Andrés.

—¡Y eres tú, Andrés! tú que deberías dar ejemplo a los demás... eres tú quien le portas como un pirata... Si me hubieran dicho esto de ti, no lo hubiera creído.

—Perdon para él, capitán, dijo la joven miss con bondad.

—Ya lo oyes, Andrés, repuso el capitán, observando el continente del maestro de la tripulación.

—Es el gin, ese pirata gin, capitán, dijo tímidamente Andrés, ruborizándose como una colegiala.

Pero como el capitán permaneciese inmóvil y silencioso, el viejo marino tomó su partido, y doblando una rodilla delante de Eva, añadió:

—Yo soy un bruto, un animal, miss; pega lme, píscamele... pero no me desprecies; a pesar de todo, yo soy un hombre honrado...

—Levantatos, amigo mío, yo no me acuerdo de nada, dijo Eva alargándole la mano.

—Gracias, miss, gracias, exclamó Andrés triunfante.

—Podemos marchar a nuestro cuarto, capitán? preguntó el americano tomando el brazo de su sobrino.

—Si, señor, dijo Cleveland, y os ruego que aceptéis mis excusas por la deplorable escena que acaba de tener lugar... Sois libre así como vuestra sobrina. Cristóbal, vais a hacer que se prepare la ballenera, enarbolad pabellón parlamentario y llevárais al Sr. Ferguson y a miss Eva hasta los crueros americanos que se encuentran en este momento en la bahía de Fundy.

—Basta, capitán, se hará como lo decís.

—¿Queréis contestarme a una pregunta, doctor? repuso Cleveland con dulzura.

—Hablad, capitán.

—¿En qué Estado de la América habitáis vos?

—Yo no hago misterio de ello, capitán Cleveland; y si algún día vais a Charlestown, tendré un singular placer en haceros los honores en mi casa.

—¿Vivis en Charlestown? interrumpió vivamente el corsario.

—Des la hace treinta años.

—Entonces deberíais conocer al Sr. Moqueith?

—Solo de vista, dijo el doctor, y os confieso que no deseo conocerle de otro modo. Tengo poca simpatía hacia esos aventureros, esos busca-vidas, que todo lo arriesgan para ser alguna cosa. Aun cuando el mayor Ralph haya hecho su secretario íntimo, su brazo derecho, su sombra, su condenada alma al Sr. Moqueith, tanto creo en la habilidad como en la honradez de ese hombre que se han empeñado en presentarnos como un héroe. En cambio de algunas ventajas que ha tenido el señor Moqueith sobre vosotros, ha sufrido muchas veces a las naciones a emplear miserables agentes para conocer la situación del enemigo. No respondería yo de que el Sr. Moqueith no estuviese pagado por la Inglaterra.

—Pues bien, repuso Cleveland con voz tonante, iremos a ver si a espensas de Inglaterra atormentamos también a los desgraciados prisioneros que guarda en las baterías flotantes de Charlestown. Podéis anunciar nuestra visita al Sr. Moqueith, doctor, porque esta misma noche saldremos a la *Maya* de Luisburgo para no volver sino con los prisioneros de Charlestown, ó al menos con un número igual de rehenes que cargear por ellos.

Hurras frenéticos acogieron aquella declaración.

—Vamos, a bordo, muchachos! exclamó Cleveland despidiendo a su gente; ya he arreglado nuestra cuenta con el viejo Cleb.

Los marineros de la *Miga* volvieron a tomar sus fusiles y sus cables, y desfilaron en buen orden, seguidos por los otros marineros.

—Dimos, Andrés, repuso el capitán deteniendo al maestro por el brazo, ¿qué figura es esa?

Y el corsario señaló a un hombre de rostro cobrizo y de cabellos grises, que había estado a parte durante aquella escena, jugando con su carabina, que montaba y desmontaba con increíble persistencia, completamente extraño a lo que a su alrededor pasaba.

—Ese, repuso Andrés, es un nuevo camarada que me ha dirigido un antiguo conocido que responde de él. Por lo demás es muy pacífico y mudo como una foca; pasa el tiempo en montar y desmontar la carabina.

—Pues otra vez es preciso que toméis mi permiso para enganchar personas desconocidas.

—Corriente, capitán... Vamos, Webst, en marcha.

—No, que se quede... puede necesitar a alguien para llevar una orden.

—¿Lo oyes? dijo Andrés al marinero.

—Lo oigo; dijo este, echándose la carabina por bandolera, y sentándose a oraciones en una silla, dejó caer la cabeza en sus manos.

El capitán, el doctor y miss Eva permanecieron solos en la sala de la taberna.

—Ahora, capitán, dijo Eva acercándose a Cleveland, dejadme que os dé gracias por todo lo que habeis hecho por nosotros; tal vez un día el pabellón de paz flote en nuestros buques; entonces volveréis a ser un simple armador. No olvidéis jamás, si la casualidad os lleva a Charlestown, que tenéis allí amigos.

(Se continuará.)

(1) Especie de ballena.

pábulo a la prensa periódica, especialmente a la de Inglaterra, para muchos comentarios y no pocas diatribas. Conocida es nuestra repugnancia a entrar en el campo de la política; pero como se trata de un punto de derecho público, no podemos menos de emitir acerca de él nuestro parecer, y vamos a hacerlo, prescindiendo completamente de esa multitud de cargos que varios periódicos hacen al monarca de los Dos Sicilias, y que otros periódicos refutan y rechazan con indignación. La cuestión no es esta: si nuestro entender, debe quedar reducida a examinar si es justo el derecho que se abroga Francia e Inglaterra, para intervenir en los negocios interiores del reino de Nápoles.

Deducción las dos potencias occidentales de una conversación suscitada en las conferencias de París por el conde Walewski, ministro de negocios extranjeros de Francia. Sostuvo este personaje la conveniencia fundada en el interés general de Europa, de que algunos gobiernos se procurasen por medio de actos de diplomacia atraerse los espíritus estraviados y no perversos, en vez de alejarlos y convertirlos en constantes enemigos, con castigos rigurosos, y señalando a las Dos Sicilias, añadió, que si se le daban consejos en este sentido, a nombre de todas las potencias representadas en el congreso, de seguro producirían muy buen efecto. Lord Clarendon, ministro de la Gran Bretaña, fue mucho más lejos; después de reconocer, en principio, que ningún gobierno tiene derecho para inmiscuirse en los asuntos interiores de los demás Estados, sostuvo que esta regla tenía sus excepciones, y que el rey de Nápoles había dado justos motivos para que las potencias le considerasen en ese último caso. En una palabra, la Gran Bretaña, por el órgano de su principal secretario de Estado, revalidaba su política secular y proclamaba el derecho de intervención.

A estas excitaciones contestaron los demás plenipotenciarios en un sentido audaz; los de Rusia manifestaron que ellos habían venido a París a tratar de los asuntos de Oriente, y que sus poderes no se extendían a más; los de Austria después de defender al rey de Nápoles de los ataques del conde Walewski y de lord Clarendon, respondieron que tampoco tenían poderes para examinar la situación de la España, por último, los de Prusia dijeron poco más o menos lo mismo, añadiendo que en su sentir las medidas propuestas por los representantes de Francia y de Inglaterra, producirían resultados estrepitosos y contrarios a lo que de ellas se esperaba. Los plenipotenciarios sardos nada manifestaron, y su silencio se explica por la circunstancia de que, siendo su país el que había de recoger el fruto de la intervención extranjera, e Italia, no les estaba bien revelar sus esperanzas. Resultado de todo, que la propuesta no pasó de una conversación, que los esfuerzos de los representantes de las dos potencias occidentales para atraer a los dos reyes del norte a sus miras y proyectos fracasaron completamente, y que estos últimos se manifestaron contrarios, no solo al pensamiento de intervención de lord Clarendon, sino al término medio de dar consejos iniciado por el conde Walewski.

Sin embargo de esta conversación pretenden las potencias occidentales hacer arrancar el derecho que se abroga para intervenir en los negocios del reino de Nápoles, con la circunstancia esencial de que, a juzgar por lo que hasta ahora sabemos, cada una de ellas conserva el maliz con que se presentó en un principio: Inglaterra, provocadora y amenazadora; dispuesta a promover un gran conflicto y a levantar una hoguera en Italia; Francia, más cauta y previsora, no queriendo traspasar el límite que se impuso en la conferencia; que esta diferencia de conducta proceda de las circunstancias particulares en que se encuentran cada una de las naciones, ó de los temores ó esperanzas que cada uno de los gobiernos abriga, ó del mayor ó menor respeto al derecho escrito y consuetudinario, es lo que nos importa poco; lo que nos interesa es el hecho de que el paso que las tres potencias del Norte se encuentran completamente de acuerdo en el asunto, las dos occidentales, si bien tienen los mismos deseos, difieren mucho con respecto a la manera de conseguirlos. Escusado nos parece añadir, que si bien claramente se deduce de la exposición sencilla de los hechos, que en tal situación no hay gran peligro para el rey de Nápoles, a poca energía y disposición que de él quite, y de que no le falta ni la una ni la otra bastantes pruebas tiene dadas. Podrán muy bien las potencias occidentales, para conseguir el honor del pabellón, tanto como para el de la corona, hacer algunas demostraciones, pero de seguro no correrá sangre, y quien sabe si no concluirá esta disputa como concilio, al cabo de ocho años el bloqueo de Buenos Aires por fuerzas marítimas de Francia e Inglaterra reunidas en aprehensión, aunque muy separadas en intereses y aspiraciones.

De este modo queda también explicada, por una parte la vacilación de las potencias occidentales al efectuar sus primeras determinaciones, y por otra la oportunidad de la nota o protesta del príncipe Gortschakoff a la cual se ha unido completamente Prusia, y la mayor resolución con que habla y obra Austria desde que ha tenido noticia de este documento.

Tales son los hechos diplomáticos a los cuales nos concretamos con propósito deliberado, porque tendríamos que escribir un libro si hubiésemos de entrar en el examen de los cargos, que el gobierno inglés hace a las Dos Sicilias. Porque se necesita, con efecto, la paciencia de Job, para escuchar que una de las acusaciones articuladas consiste en que en los presidios napolitanos se aplica el castigo del palo, cuando se hace lo mismo en el ejército inglés, y con tan horrible crueldad, que en mas de una ocasión los pacientes han muerto de resultados de las palizas, como aconteció no ha mucho con tres soldados del campo militar de Aldershot. Hoy mismo leemos en el *Morning Chronicle*, que un soldado del regimiento de dragones ligeros, número 14, llamado Wilson, ha sufrido en Midstone la pena de cinco años de prisión, por haberse puesto a un consejo de guerra, amen de la de diez meses de prisión de castigo que debió cumplir en el castillo de Clarence. ¿Cómo hemos de admitirnos nosotros que la legislación militar inglesa admita penas tan bárbaras, cuando recordamos el dicho de lord Wellington, de que el hombre que sienta plaza en Inglaterra es el más civilizado, el más borracho y el más malo de su pueblo? Ciertamente que para hombres de semejante estofa el palo es una necesidad indispensable. Pero si no nos admiramos de esto ¿por qué razón se horroriza y se subleva el instituto napolitano de los gobernantes ingleses, al saber que a los presidiarios napolitanos se les da de palos del mismo modo que a los soldados británicos?

Nada está tan lejos de nuestra mente como la idea de constituirnos en campeones del rey de Nápoles, ni en defensores de su sistema de gobierno; si entásemos en este punto, tal vez tendríamos algo que decir en contra de lo que allí pasa, aun a riesgo de chocar con los sentimientos de muchos de nuestros compañeros de armas, que en aquel país encuentran vivas simpatías, y fueron defensores de muchos obispos, hasta de la misma corte, y conservaron de él y de las personas reales los mejores recuerdos; pero si al fin se trata de un derecho, y al sostener el rey de Nápoles sostenemos el nuestro y la independencia nacional, sin la cual no hay honra para los pueblos; y valiera más cuando la pierden que perderian al mismo tiempo su existencia, para que al menos fuera menos amarga la idea del oprobio.

Nosotros hemos pasado también por circunstancias en que constituido un gobierno extranjero en juez censor de nuestras acciones, se ha presentado como pedagogo, amenazándonos con la fútil si no acatábamos sus preceptos, y por lo mismo que en la realidad de la nación, en la energía del ejército y en el noble orgullo de todos los españoles, ha encontrado siempre el gobierno, aun en los momentos más críticos, poderoso apoyo para resistir tales abusos de su poder, y sacar incluso el buen nombre patrio, que mismo recuerdo, ese mismo sentimiento que tanto halaga nuestro amor propio, nos impulsan y nos obligan a hacer votos en favor del débil contra el poderoso, deseando que Nápoles salga de esta crisis, como España ha salido de otras de índole muy parecida.

Un periódico publica las siguientes noticias acerca del príncipe Luciano Bonaparte, cuya afición al idioma vascongado le ha dado tanta importancia entre los sencillos habitantes de aquel país:

«Ahora que el príncipe Luciano parece haber abandonado sus viajes por España, bien que no sabemos si es solo para tomar un descanso, creemos oportuno dar algunas noticias sobre este viajero, del que tanto se ha ocupado toda la prensa.

El príncipe Luciano representa 40 años de edad; es mas bien alto que bajo; tiene una fisonomía que no deja de ofrecer semejanza con la de su tío Napoleón I; pocas veces levanta la vista del suelo, y esto, junto con su traje negro, su levita larga en demasía, y su sombrero casi clerical, le da cierto aire jesuítico; vive en una excelente silla de posta; tirada por cuatro caballos; le acompaña un eclesiástico, un ayuda de cámara y una señora.

Es tal la afición que parece tener a los estudios lingüísticos, que cuando llega de noche a un pueblo, en vez de entregarse al descanso se dedica a buscar libros en las bibliotecas. Este afán le ha servido o también mucho en vascongado. Este afán le ha servido o también mucho en vascongado.

Leemos en *La Epoca*: «Ya se encuentra en París el enviado ruso cerca de la corte de España, general conde de Benckendorf. Según nuestras noticias ha tenido ya una larga conferencia con el general Serrano, nuestro embajador en España. París, y para mediados de octubre estará en España.

El gobierno de S. M., tan luego como se cumplió su misión cerca de nuestra corte, ha cumplido su misión cerca de la corte de Rusia, a una de las personas mas distinguidas de nuestro país. No creemos que esté acordado todavía el nombramiento de la persona que, en misión extraordinaria, debe ir a la corte de Rusia, aunque se habla del marqués del Duero, del conde de Reus y de otros personajes importantes.

—Están, según parece, acordados los nombramientos de Sr. Ayllon, nuestro representante en Viena, para ministro plenipotenciario cerca de la corte de Portugal, y el del Sr. D. Manuel Bermúdez de Castro, con igual elevado carácter para representar a la España cerca del emperador de Austria.

También se designa a un hombre político distinguido para la plenipotencia de Prusia.

Hoy, en celebridad del cumpleaños de S. M. la Reina, estrena su nuevo uniforme el regimiento municipal de esta corte. Consiste aquel en levita y pantalón verde, con vivos carmesí, las botas, R. M. en el cuello bordadas de oro y una gorra sencilla y graciosa. Los jefes el mismo uniforme con una, dos ó tres estrellas de plata sobre la boca-manca, según su graduación, y sombrero apuntado. El señor duque de Alba, alcaide de primer orden constitucional, ha tomado con gran empeño la realización de esta reforma, iniciada por el coronel D. Francisco de Paula Vital, comandante hoy de esta fuerza, la cual desde que está mandada por un jefe del ejército, va adquiriendo los hábitos de orden, moralidad y disciplina, tan indispensables para el buen desempeño de sus delicadas funciones.

Según dicen de Zaragoza, han pasado mas de cien cargas de contrabando a fines de setiembre por Zueca, Zaragoza la Vieja y Novillos, que sin duda logran burlar la vigilancia de los carabineros que les escoltan.

Añaden que el 5 de octubre hizo aquel administrador otra aprehensión de géneros en una tienda de comercio, por lo cual había gran alarma en todos los que, por tener efectos de contrabando, tenían registros en sus casas. Con este motivo, y el de las otras aprehensiones, ha subido el seguro en Zaragoza un 6 y 7 por 100.

El tribunal Contencioso-administrativo acaba de resolver una cuestión importante de que vamos a dar cuenta, porque no la creamos de interés privado como las decisiones del mismo tribunal que con frecuencia aparecen en la *Gaceta*, y que por aquella circunstancia suelen pasar por alto. Al verificarse las elecciones de diputados a Cortes a principios de 1854 solicitó el hoy ex-diputado constituyente y general Sr. D. Carlos María de Latorre del alcaide de Pozorubio, partido de Tera, que se le permitiera, por el secretario del ayuntamiento, una certificación en la que se hiciera constar el día en que se habían recibido y puesto al público las listas electorales de diputados a Cortes por aquel bienio. Negándose el alcaide a esta solicitud, el Sr. Latorre acudió al juzgado de Belmonte reclamando contra el alcaide de Hostanaya en concepto de que había infringido la ley electoral entonces vigente y hecho ilusorias sus prescripciones con la negativa de la certificación solicitada por él, toda vez que habiéndose puesto al público las listas electorales fuera del plazo marcado por la ley, no habían podido los electores ó agravados prepararse a gestionar sobre la exclusión o inclusión. En virtud de las decisiones del juzgado favorables al Sr. Latorre, se pidió autorización al gobernador civil para proceder contra el alcaide. Oído e te, manifestó que las causas que le movieron a negar la certificación eran: el no haber hallado en la ley ninguna disposición que le impusiera la obligación de obligar, y el que le había sido imposible decir el día en que recibió las listas y en que las expuso al público, por ser este un hecho insignificante que pasaba de aperechamiento, no llevando, como no llevaba, un diario de las elecciones de la alcaide.

El gobernador en vista de estas razones y con el dictamen del consejo provincial, denegó la autorización para que el alcaide reclamase la certificación. Pero si no nos admiramos de esto ¿por qué razón se horroriza y se subleva el instituto napolitano de los gobernantes ingleses, al saber que a los presidiarios napolitanos se les da de palos del mismo modo que a los soldados británicos?

Nada está tan lejos de nuestra mente como la idea de constituirnos en campeones del rey de Nápoles, ni en defensores de su sistema de gobierno; si entásemos en este punto, tal vez tendríamos algo que decir en contra de lo que allí pasa, aun a riesgo de chocar con los sentimientos de muchos de nuestros compañeros de armas, que en aquel país encuentran vivas simpatías, y fueron defensores de muchos obispos, hasta de la misma corte, y conservaron de él y de las personas reales los mejores recuerdos; pero si al fin se trata de un derecho, y al sostener el rey de Nápoles sostenemos el nuestro y la independencia nacional, sin la cual no hay honra para los pueblos; y valiera más cuando la pierden que perderian al mismo tiempo su existencia, para que al menos fuera menos amarga la idea del oprobio.

Nosotros hemos pasado también por circunstancias en que constituido un gobierno extranjero en juez censor de nuestras acciones, se ha presentado como pedagogo, amenazándonos con la fútil si no acatábamos sus preceptos, y por lo mismo que en la realidad de la nación, en la energía del ejército y en el noble orgullo de todos los españoles, ha encontrado siempre el gobierno, aun en los momentos más críticos, poderoso apoyo para resistir tales abusos de su poder, y sacar incluso el buen nombre patrio, que mismo recuerdo, ese mismo sentimiento que tanto halaga nuestro amor propio, nos impulsan y nos obligan a hacer votos en favor del débil contra el poderoso, deseando que Nápoles salga de esta crisis, como España ha salido de otras de índole muy parecida.

Un periódico publica las siguientes noticias acerca del príncipe Luciano Bonaparte, cuya afición al idioma vascongado le ha dado tanta importancia entre los sencillos habitantes de aquel país:

«Ahora que el príncipe Luciano parece haber abandonado sus viajes por España, bien que no sabemos si es solo para tomar un descanso, creemos oportuno dar algunas noticias sobre este viajero, del que tanto se ha ocupado toda la prensa.

El príncipe Luciano representa 40 años de edad; es mas bien alto que bajo; tiene una fisonomía que no deja de ofrecer semejanza con la de su tío Napoleón I; pocas veces levanta la vista del suelo, y esto, junto con su traje negro, su levita larga en demasía, y su sombrero casi clerical, le da cierto aire jesuítico; vive en una excelente silla de posta; tirada por cuatro caballos; le acompaña un eclesiástico, un ayuda de cámara y una señora.

La *Hoja autógrafa*, haciéndose cargo de la noticia dada por *La España* sobre el proyecto de conferir al marqués de Turgot el toison de oro, dice que el gobierno español no ha podido pensar en hacerlo, supuesto que no hay vacante alguna en la orden, y que hasta el toison conferido al general Concha lo ha sido en clase de supernumerario, y solo con opción a ocupar el primer puesto que quede vacante en dicha orden.

BOLSAS ESTRANJERAS.

París 8 de octubre a las cinco y cincuenta minutos de la tarde.

Bolsa de hoy.—Fondos franceses.—Tres por 100, 66-40.—Cuatro y medio por 100, 90-40.

Fondos españoles.—Tres por 100 interior, 38 7/8. Consolidados, 91 3/8 a 91 1/2.

Amberes 3 de octubre.—Diferida, 24 1/8 papel.—Interior, 39 papel.

Amsterdam 3 de octubre.—Diferida, 24 1/4.—Interior, 38 7/16.—Prost, 70.

Bruselas 3 de octubre.—No se cotizaron nuestros fondos.

Londres 3 de octubre.—Exterior, 42 1/2.—Diferida española, 24 5/8.—Certificados, 5 3/4.—Pasiva, 6 5/8.

Despacho particular de la *Gaceta de Madrid*.—PARIS 8 de octubre de 1856.—El general Serrano ha presentado al emperador Napoleón sus credenciales como embajador de S. M. la Reina de España. Con este motivo pronunció S. E. un discurso, al que contestó el emperador.

PARTE OFICIAL.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS

La Reina (Q. D. G.) y su augusta real familia continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

MINISTERIO DE FOMENTO.

REAL DECRETO.

Atendiendo a las razones que me ha espuesto mi ministro de Fomento, vengo en decretar lo siguiente:

Artículo 1.º Se crea en Madrid una escuela de diplomáticos, en la cual se dará la enseñanza de los conocimientos necesarios para el desempeño del cargo de jefes y oficiales de los archivos del reino.

Art. 2.º La cátedra de paleografía, creada por la Sociedad Económica Matritense y sostenida por el Estado, formará parte de la escuela.

Art. 3.º La enseñanza durará tres años académicos, y comprenderá las materias siguientes:

Paleografía general. Ejercicios prácticos. Paleografía crítica y literaria.

Latín de los tiempos medios y conocimiento del antiguo romance castellano, del lemosín y gallego.

Métodos empleados dentro y fuera de España, y parte reglamentaria de los mismos.

Historia de España en los tiempos medios, y en particular de sus instituciones sociales, civiles y políticas.

Elementos de arqueología.

Art. 4.º Habrá un director para el régimen interior de la escuela, cuyo cargo será honorífico y gratuito, y recaerá en persona que se haya distinguido por sus conocimientos y trabajos históricos.

Art. 5.º Siendo las asignaturas de esta escuela de nueva creación, el gobierno nombrará por esta vez, para el cargo de profesores, a aquellas personas que por sus conocimientos especiales fueran aptas para su desempeño. La provisión sucesiva se hará por oposición.

Art. 6.º Para ingresar en esta escuela, se requiere haber cumplido la edad de 15 años tener el título de bachiller en filosofía, y sufrir un examen sobre historia general de España y nociones de literatura.

Art. 7.º El alumno, terminados sus estudios en la escuela y aprobado en el examen general que en la misma sufrirá de todas las asignaturas de esta carrera, obtendrá el título de paleógrafo, que le habilitará para ser nombrado en las vacantes que ocurrieren en los archivos del reino y en las bibliotecas públicas donde se conservaren manuscritos, según lo establezca un real decreto.

Art. 8.º El régimen de la escuela, el orden de asignaturas y la forma de los exámenes y ejercicios para la obtención de títulos, se fijarán en el reglamento especial de la misma.

Dado en Palacio a 7 de octubre de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de Fomento y Ultramar, José Manuel de Cevallos.

En atención a los relevantes méritos literarios, y especiales conocimientos de D. Modesto Lafuente, individuo de la real Academia de la historia, y vocal de mi consejo de instrucción pública, vengo en nombrarle director de la escuela de diplomáticos creada en esta corte por real decreto de ayer.

Dado en Palacio a 8 de octubre de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de Fomento y Ultramar, José Manuel de Cevallos.

En atención a los relevantes méritos literarios, y especiales conocimientos de D. Modesto Lafuente, individuo de la real Academia de la historia, y vocal de mi consejo de instrucción pública, vengo en nombrarle director de la escuela de diplomáticos creada en esta corte por real decreto de ayer.

Dado en Palacio a 8 de octubre de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de Fomento y Ultramar, José Manuel de Cevallos.

En atención a los relevantes méritos literarios, y especiales conocimientos de D. Modesto Lafuente, individuo de la real Academia de la historia, y vocal de mi consejo de instrucción pública, vengo en nombrarle director de la escuela de diplomáticos creada en esta corte por real decreto de ayer.

Dado en Palacio a 8 de octubre de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de Fomento y Ultramar, José Manuel de Cevallos.

En atención a los relevantes méritos literarios, y especiales conocimientos de D. Modesto Lafuente, individuo de la real Academia de la historia, y vocal de mi consejo de instrucción pública, vengo en nombrarle director de la escuela de diplomáticos creada en esta corte por real decreto de ayer.

Dado en Palacio a 8 de octubre de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de Fomento y Ultramar, José Manuel de Cevallos.

En atención a los relevantes méritos literarios, y especiales conocimientos de D. Modesto Lafuente, individuo de la real Academia de la historia, y vocal de mi consejo de instrucción pública, vengo en nombrarle director de la escuela de diplomáticos creada en esta corte por real decreto de ayer.

Dado en Palacio a 8 de octubre de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de Fomento y Ultramar, José Manuel de Cevallos.

En atención a los relevantes méritos literarios, y especiales conocimientos de D. Modesto Lafuente, individuo de la real Academia de la historia, y vocal de mi consejo de instrucción pública, vengo en nombrarle director de la escuela de diplomáticos creada en esta corte por real decreto de ayer.

Dado en Palacio a 8 de octubre de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de Fomento y Ultramar, José Manuel de Cevallos.

En atención a los relevantes méritos literarios, y especiales conocimientos de D. Modesto Lafuente, individuo de la real Academia de la historia, y vocal de mi consejo de instrucción pública, vengo en nombrarle director de la escuela de diplomáticos creada en esta corte por real decreto de ayer.

Dado en Palacio a 8 de octubre de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de Fomento y Ultramar, José Manuel de Cevallos.

En atención a los relevantes méritos literarios, y especiales conocimientos de D. Modesto Lafuente, individuo de la real Academia de la historia, y vocal de mi consejo de instrucción pública, vengo en nombrarle director de la escuela de diplomáticos creada en esta corte por real decreto de ayer.

Dado en Palacio a 8 de octubre de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de Fomento y Ultramar, José Manuel de Cevallos.

En atención a los relevantes méritos literarios, y especiales conocimientos de D. Modesto Lafuente, individuo de la real Academia de la historia, y vocal de mi consejo de instrucción pública, vengo en nombrarle director de la escuela de diplomáticos creada en esta corte por real decreto de ayer.

Dado en Palacio a 8 de octubre de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de Fomento y Ultramar, José Manuel de Cevallos.

En atención a los relevantes méritos literarios, y especiales conocimientos de D. Modesto Lafuente, individuo de la real Academia de la historia, y vocal de mi consejo de instrucción pública, vengo en nombrarle director de la escuela de diplomáticos creada en esta corte por real decreto de ayer.

Dado en Palacio a 8 de octubre de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de Fomento y Ultramar, José Manuel de Cevallos.

En atención a los relevantes méritos literarios, y especiales conocimientos de D. Modesto Lafuente, individuo de la real Academia de la historia, y vocal de mi consejo de instrucción pública, vengo en nombrarle director de la escuela de diplomáticos creada en esta corte por real decreto de ayer.

Dado en Palacio a 8 de octubre de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de Fomento y Ultramar, José Manuel de Cevallos.

En atención a los relevantes méritos literarios, y especiales conocimientos de D. Modesto Lafuente, individuo de la real Academia de la historia, y vocal de mi consejo de instrucción pública, vengo en nombrarle director de la escuela de diplomáticos creada en esta corte por real decreto de ayer.

Dado en Palacio a 8 de octubre de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de Fomento y Ultramar, José Manuel de Cevallos.

En atención a los relevantes méritos literarios, y especiales conocimientos de D. Modesto Lafuente, individuo de la real Academia de la historia, y vocal de mi consejo de instrucción pública, vengo en nombrarle director de la escuela de diplomáticos creada en esta corte por real decreto de ayer.

Dado en Palacio a 8 de octubre de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de Fomento y Ultramar, José Manuel de Cevallos.

En atención a los relevantes méritos literarios, y especiales conocimientos de D. Modesto Lafuente, individuo de la real Academia de la historia, y vocal de mi consejo de instrucción pública, vengo en nombrarle director de la escuela de diplomáticos creada en esta corte por real decreto de ayer.

Dado en Palacio a 8 de octubre de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de Fomento y Ultramar, José Manuel de Cevallos.

En atención a los relevantes méritos literarios, y especiales conocimientos de D. Modesto Lafuente, individuo de la real Academia de la historia, y vocal de mi consejo de instrucción pública, vengo en nombrarle director de la escuela de diplomáticos creada en esta corte por real decreto de ayer.

Dado en Palacio a 8 de octubre de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de Fomento y Ultramar, José Manuel de Cevallos.

De real orden lo digo a V. I. para su inteligencia y efectos correspondientes. Dios guarde a V. I. muchos años. Madrid 4 de octubre de 1856.—Salaverría.—Señor vice-presidente de la junta consultiva de aranceles.

Ilmo. Sr.: Conformándose la Reina (Q. D. G.) con lo propuesto por esa junta consultiva a fin de que los derechos señalados en el arancel a la bodega de seda extranjera y a la misma cuando viene hilada y treida, guarden armonía con los que impuso la real orden de 24 de setiembre último a esta materia hilada si el miente, y teniendo en cuenta que los tipos fijados para los artículos de que se trata en el proyecto de ley sobre reforma arancelaria, que el gobierno presentó a las Cortes, no fueron impugnados en la información pública, blica bodega ante una comisión de las mismas, S. M. se ha dignado aprobar que las partidas 1.205 y 1.208 del arancel se modifiquen en los términos siguientes:

Seda en bodega, quintal 13 rs. en bandera nacional, y 28 rs. en bandera extranjera ó por tierra.

Dieha, hilada y treida, libra 4 rs. 70 céntimos en bandera nacional, y 4 rs. 80 céntimos en bandera extranjera y por tierra.

De real orden lo digo a V. I. para los efectos correspondientes. Dios guarde a V. I. muchos años. Madrid 4 de octubre de 1856.—Salaverría.—Señor vice-presidente de la junta consultiva de aranceles.

Ilmo. Sr.: Con conformándose la Reina (Q. D. G.) con lo propuesto por esa junta consultiva a fin de que los derechos señalados en el arancel a la bodega de seda extranjera y a la misma cuando viene hilada y treida, guarden armonía con los que impuso la real orden de 24 de setiembre último a esta materia hilada si el miente, y teniendo en cuenta que los tipos fijados para los artículos de que se trata en el proyecto de ley sobre reforma arancelaria, que el gobierno presentó a las Cortes, no fueron impugnados en la información pública, blica bodega ante una comisión de las mismas, S. M. se ha dignado aprobar que las partidas 1.205 y 1.208 del arancel se modifiquen en los términos siguientes:

Seda en bodega, quintal 13 rs. en bandera nacional, y 28 rs. en bandera extranjera ó por tierra.

Dieha, hilada y treida, libra 4 rs. 70 céntimos en bandera nacional, y 4 rs. 80 céntimos en bandera extranjera y por tierra.

De real orden lo digo a V. I. para los efectos correspondientes. Dios guarde a V. I. muchos años. Madrid 4 de octubre de 1856.—Salaverría.—Señor vice-presidente de la junta consultiva de aranceles.

Ilmo. Sr.: Con conformándose la Reina (Q. D. G.) con lo propuesto por esa junta consultiva a fin de que los derechos señalados en el arancel a la bodega de seda extranjera y a la misma cuando viene hilada y treida, guarden armonía con los que impuso la real orden de 24 de setiembre último a esta materia hilada si el miente, y teniendo en cuenta que los tipos fijados para los artículos de que se trata en el proyecto de ley sobre reforma arancelaria, que el gobierno presentó a las Cortes, no fueron impugnados en la información pública, blica bodega ante una comisión de las mismas, S. M. se ha dignado aprobar que las partidas 1.205 y 1.208 del arancel se modifiquen en los términos siguientes:

Seda en bodega, quintal 13 rs. en bandera nacional, y 28 rs. en bandera extranjera ó por tierra.

Dieha, hilada y treida, libra 4 rs. 70 céntimos en bandera nacional, y 4 rs. 80 céntimos en bandera extranjera y por tierra.

De real orden lo digo a V. I. para los efectos correspondientes. Dios guarde a V. I. muchos años. Madrid 4 de octubre de 1856.—Salaverría.—Señor vice-presidente de la junta consultiva de aranceles.

Ilmo. Sr.: Con conformándose la Reina (Q. D. G.) con lo propuesto por esa junta consultiva a fin de que los derechos señalados en el arancel a la bodega de seda extranjera y a la misma cuando viene hilada y treida, guarden armonía con los que impuso la real orden de 24 de setiembre último a esta materia hilada si el miente, y teniendo en cuenta que los tipos fijados para los artículos de que se trata en el proyecto de ley sobre reforma arancelaria, que el gobierno presentó a las Cortes, no fueron impugnados en la información pública, blica bodega ante una comisión de las mismas, S. M. se ha dignado aprobar que las partidas 1.205 y 1.208 del arancel se modifiquen en los términos siguientes:

Seda en bodega, quintal 13 rs. en bandera nacional, y 28 rs. en bandera extranjera ó por tierra.

Dieha, hilada y treida, libra 4 rs. 70 céntimos en bandera nacional, y 4 rs. 80 céntimos en bandera extranjera y por tierra.

De real orden lo digo a V. I. para los efectos correspondientes. Dios guarde a V. I. muchos años. Madrid 4 de octubre de 1856.—Salaverría.—Señor vice-presidente de la junta consultiva de aranceles.

Ilmo. Sr.: Con conformándose la Reina (Q. D. G.) con lo propuesto por esa junta consultiva a fin de que los derechos señalados en el arancel a la bodega de seda extranjera y a la misma cuando viene hilada y treida, guarden armonía con los que impuso la real orden de 24 de setiembre último a esta materia hilada si el miente, y teniendo en cuenta que los tipos fijados para los artículos de que se trata en el proyecto de ley sobre reforma arancelaria, que el gobierno presentó a las Cortes, no fueron impugnados en la información pública, blica bodega ante una comisión de las mismas, S. M. se ha dignado aprobar que las partidas 1.205 y 1.208 del arancel se modifiquen en los términos siguientes:

Seda en bodega, quintal 13 rs. en bandera nacional, y 28 rs. en bandera extranjera ó por tierra.

Dieha, hilada y treida, libra 4 rs. 70 céntimos en bandera nacional, y 4 rs. 80 céntimos en bandera extranjera y por tierra.

De real orden lo digo a V. I. para los efectos correspondientes. Dios guarde a V. I. muchos años. Madrid 4 de octubre de 1856.—Salaverría.—Señor vice-presidente de la junta consultiva de aranceles.

Ilmo. Sr.: Con conformándose la Reina (Q. D. G.) con lo propuesto por esa junta consultiva a fin de que los derechos señalados en el arancel a la bodega de seda extranjera y a la misma cuando viene hilada y treida, guarden armonía con los que impuso la real orden de 24 de setiembre último a esta materia hilada si el miente, y teniendo en cuenta que los tipos fijados para los artículos de que se trata en el proyecto de ley sobre reforma arancelaria, que el gobierno presentó a las Cortes, no fueron impugnados en la información pública, blica bodega ante una comisión de las mismas, S. M. se ha dignado aprobar que las partidas 1.205 y 1.208 del arancel se modifiquen en los términos siguientes:

Seda en bodega, quintal 13 rs. en bandera nacional, y 28 rs. en bandera extranjera ó por tierra.

Dieha, hilada y treida, libra 4 rs. 70 céntimos en bandera nacional, y 4 rs. 80 céntimos en bandera extranjera y por tierra.

De real orden lo digo a V. I. para los efectos correspondientes. Dios guarde a V. I. muchos años. Madrid 4 de octubre de 1856.—Salaverría.—Señor vice-presidente de la junta consultiva de aranceles.

Ilmo. Sr.: Con conformándose la Reina (Q. D. G.) con lo propuesto por esa junta consultiva a
